



El camino hacia la **INTEGRACIÓN** europea

Reza Moghadam

La historia indica que la integración es una vía para superar duras crisis

LOS TITULARES alarmantes sobre Europa han sido una realidad ineludible en los últimos años aunque las perspectivas más recientes sean algo mejores. Los mercados y los medios de comunicación han cuestionado la capacidad de Europa para hacer frente a un grave shock financiero y a una desaceleración económica, generando incluso dudas con respecto a la viabilidad del euro.

Más allá de la gravedad de la crisis —que ha sido extremadamente perjudicial, sobre todo para el gran número de desocupados— no hay que olvidar que Europa es una región estrechamente integrada que cuenta con uno de los niveles de vida más altos del mundo. Esto es mucho más notable dado que se ha logrado después de dos guerras mundiales devastadoras y la división del continente entre este y oeste durante gran parte del siglo XX.

Europa ha experimentado avances cruciales hacia la integración en los últimos 25 años: la caída del muro de Berlín en 1989, la ola de

países de Europa central que ingresaron en la Unión Europea en 2004 y la introducción del euro en 1999. La crisis actual es un momento oportuno para considerar los avances logrados en el proceso de integración hasta ahora y lo que queda por delante.

Si bien Europa es mucho mayor y está más poblada que la Unión Europea, esta ha ocupado un lugar central en el proceso de integración europea, vinculando a países que antes estaban en conflicto y ofreciendo beneficios mucho más allá de sus fronteras, como socio comercial y de inversión en toda Europa y como potente catalizador de reformas económicas y de gobierno en un gran número de estados miembros nuevos y de países aspirantes.

Los últimos años han sido difíciles, y sin duda aparecerán nuevos obstáculos en el futuro. La crisis puso de manifiesto ciertas deficiencias en la arquitectura regional y las políticas nacionales, erosionando al mismo tiempo el apoyo político a favor de vínculos más fuertes. No obstante,



la integración ha generado sustanciales beneficios para Europa hasta la fecha, y sigue señalando el camino a seguir.

Orígenes complejos

Hace más de sesenta años, seis países de Europa occidental (Alemania occidental, Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo y los Países Bajos) decidieron dar un paso más en la cooperación económica. La visión de los fundadores de la UE, plasmada en la Declaración de Schuman de 1950, era establecer vínculos tan estrechos entre sus economías —incluida la economía reemergente de Alemania occidental— que la guerra resultaría imposible.

*Europa no se hará de una vez, ni siguiendo un plan único:
se hará gracias a logros concretos, que
creen en primer lugar una solidaridad de hecho.*

—Robert Schuman

La historia de la Unión Europea se ha caracterizado por una serie de pasos grandes y pequeños hacia una integración cada vez más estrecha. En las primeras etapas, los líderes decidieron integrar las industrias clave durante la guerra y la posguerra: la producción de carbón y acero. Se redujeron los aranceles, se rebajaron drásticamente los subsidios y se desmantelaron los carteles nacionales. Sin embargo, a diferencia de otras formas de cooperación económica surgidas en la posguerra, la integración europea se caracterizó por la creación de instituciones supranacionales. A lo largo de los años estas instituciones se han convertido en los poderes ejecutivo, legislativo y judicial del proyecto europeo. La duración y el continuo fortalecimiento de estas instituciones son una prueba de la fuerza y el éxito de este proyecto. Un hito clave fueron las primeras elecciones directas al Parlamento Europeo en 1979 cuando este se convirtió en el poder legislativo.

La Unión Europea también ha vivido varias ampliaciones. En 1973, Dinamarca, Irlanda y el Reino Unido ingresaron en lo que entonces era la Comunidad Europea. Durante los años setenta tuvieron lugar profundas transformaciones políticas y sociales en España, Grecia y Portugal, tras la caída de los regímenes militares y dictatoriales. Inspirados por la prosperidad y la estabilidad de la Comunidad Europea, estos países ingresaron en el proyecto europeo apenas una década después, contribuyendo así a reforzar sus emergentes democracias. Estos países se beneficiaron enor-

mamente del libre comercio y las políticas comunes, en particular de los fondos estructurales establecidos para promover la convergencia a través del financiamiento de proyectos de infraestructura e inversiones productivas en las regiones más pobres.

Transición desde el comunismo

El período más significativo de la integración política y económica de la posguerra en Europa fue el colapso de los sistemas económicos de planificación centralizada a finales de los años ochenta. La caída del muro de Berlín constituye el momento decisivo de un proceso largo y multifacético de liberalización. Más de 20 países salieron del comunismo para ocupar su lugar en la Europa democrática, lo que trajo consigo las mayores oportunidades y los mayores desafíos para la integración europea desde la guerra.

En todos los casos la estabilización fue el principal desafío inicial. El colapso de los vínculos comerciales y de inversión tradicionales y la desarticulación de la demanda interna contribuyeron a fuertes caídas del producto en los primeros años de la transición, desde alrededor del 10% en Polonia y Hungría hasta aproximadamente el 40% en Letonia y Lituania. En algunos casos, donde existía un respaldo político e institucional adecuado a favor de la disciplina fiscal y monetaria, la estabilización se logró en un par de años; otros países se enfrentaron a múltiples intentos o tardaron más tiempo en lograr un bajo nivel de inflación y finanzas públicas estables.

Tras la estabilización, la atención se centró en el fortalecimiento institucional para mejorar el funcionamiento de las economías, tomando como base las mejores prácticas utilizadas en Europa occidental y el resto del mundo. Los países se enfrentaron a enormes desafíos con las privatizaciones, la reforma del sector público y el establecimiento de un entorno conducente a las reformas. La creación de marcos monetarios y cambiarios creíbles —ya fuera de flotación o de tipo de cambio fijo— en casi todos los países fue un factor clave para el éxito de la transición. La integración ha sido particularmente evidente en el sector financiero, y los bancos de Europa occidental han tenido una presencia dominante en la mayoría de los países en transición. Esto ha aportado grandes beneficios en términos de conocimientos técnicos y financiamiento. Al mismo tiempo, la entrada de capitales sin restricciones a esta región a lo largo del excitante período de principios a mediados de los años 2000 alimentó las burbujas que luego estallaron durante la crisis financiera mundial.

Breve historia de la integración europea



1945

Final de la Segunda Guerra Mundial; fracaso del nacionalismo



1949

Creación del Consejo de Europa



1951

El Tratado de París crea la Comunidad Europea del Carbón y del Acero



1957

Creación de la Comunidad Económica Europea



1960

Creación de la Asociación Europea de Libre Comercio

Recuadro 1

Integración Este-Oeste: Cadenas de suministro

La aparición de una cadena de suministro germano-centroeuropea después de la caída del muro de Berlín es un buen ejemplo de integración económica.

Desde los años noventa Hungría, Polonia, la República Checa y la República Eslovaca se han convertido en los principales satélites de un sistema de producción —sobre todo en la industria automotriz— que tiene su centro en Alemania. El desarrollo de este sistema orientado a la exportación se vio impulsado por los grandes diferenciales entre costos de mano de obra, la proximidad geográfica, y las afinidades históricas y culturales, y respaldado por grandes flujos de inversión extranjera directa de Alemania.

Esta cadena de suministro beneficia a Alemania porque produce y exporta bienes en los que tal vez no sería competitivo si su producción tuviera lugar exclusivamente dentro de sus fronteras nacionales (véase “Añadir valor” en la edición de diciembre de 2013 de *F&D*). En la jerga económica, su frontera de posibilidades de producción ha aumentado. Por otra parte, las economías emergentes de esta cadena han recibido importantes transferencias de tecnología, lo que ha facilitado una convergencia de los ingresos particularmente rápida. La teoría económica señala que, a iguales condiciones, los países más pobres crecerán más rápidamente que los ricos, pero los países de Europa central que pertenecen a esta cadena han aumentado su producto a un ritmo aún más rápido de lo que muestran los diferenciales de ingresos. Además, el rápido crecimiento de las exportaciones de estos países ha favorecido a los sectores de uso intensivo de conocimientos técnicos. Por lo tanto, esta cadena está impulsando una mayor demanda de mano de obra calificada y creando oportunidades para que estos países avancen en la cadena de valor.

La integración ha contribuido a una sólida convergencia de los ingresos. El PIB per cápita promedio de las economías emergentes de Europa en relación con el de las economías avanzadas en Europa se incrementó en alrededor del 50% entre 1995 y 2013, a pesar de la crisis reciente. Los sustanciales vínculos comerciales y de inversión con Europa occidental contribuyeron de manera decisiva a reforzar el crecimiento y la convergencia, lo que incrementó los niveles de ingreso de las economías emergentes de Europa a casi la mitad de los registrados por las economías avanzadas vecinas.

La Unión Europea ha sido un factor cada vez más importante en la transición. En los años noventa, la asistencia externa procedía principalmente de otros países e instituciones internacionales, como el FMI, el Banco Mundial y el nuevo Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo. Pero a medida que la adhesión —el proceso por el cual los países ingresan en la Unión Europea— cobró impulso, la Unión Europea ha desempeñado un papel crucial en el desarrollo institucional, el asesoramiento económico y el financiamiento de proyectos de infraestructura. Este proceso culminó con la adhesión a la UE de 11 países (4 de ellos ya son miembros de la zona del euro) y otros 3 tienen el estatus de candidatos. Esto habría sido inconcebible hace 25 años y ha aportado enormes beneficios tanto a los países en transición como a los Estados que ya eran miembros de la UE (véase el recuadro 1), a través de un aumento de los flujos comerciales, del capital y la mano de obra.

Maastricht y el euro

Entre tanto, la integración siguió avanzando en los países centrales de Europa. En las etapas iniciales, se redujo la variabilidad de los tipos de cambio de los Estados miembros a través del Mecanismo Europeo de Tipos de Cambio (MTC), que permitía la fluctuación de las monedas en torno a paridades dentro de bandas predefinidas. En 1990, se suprimieron los controles cambiarios dentro de la Comunidad Económica Europea, permitiendo la libre circulación del capital. Aunque se produjeron crisis cuando se encontraba vigente el MTC —por ejemplo, el Reino Unido se vio obligado a salir del sistema en 1992 cuando el valor de la libra esterlina cayó por debajo de los límites del MTC— las realineaciones fueron menos frecuentes a medida que avanzaba la convergencia de las políticas monetarias y las tasas de inflación.

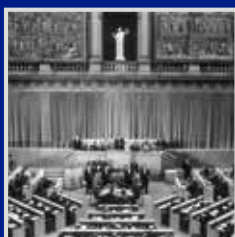
Lentamente, la idea de una moneda común fue ganando peso, pero realmente no empezó a tomar forma hasta el Tratado de Maastricht de 1992 que puso en marcha la Unión Económica y Monetaria, y con ella una moneda única y una política monetaria común. La creación de una moneda única no solo contribuía al proceso de integración europea y facilitaba las transacciones económicas dentro de la Unión, sino que también ayudaba a colocar sólidamente a la Alemania unificada que emergió de la Guerra Fría dentro de un marco institucional europeo común.

El Tratado de Maastricht estableció los criterios de convergencia con el objetivo de asegurar que los países que adoptaran



1973

Dinamarca, Irlanda y el Reino Unido ingresan en la Comunidad Europea



1979

Primeras elecciones al Parlamento Europeo



1989

Caída del muro de Berlín



1993

Creación de la Unión Europea



1999

Introducción del euro

la nueva moneda común presentaran características suficientemente similares para beneficiarse de una política monetaria única. También otorgó un papel significativo a las fuerzas del mercado mediante el establecimiento de la “cláusula de no corresponsabilidad financiera” para imponer disciplina a los Estados miembros. A fin de disipar el escepticismo y preservar la disciplina fiscal después de la introducción de la moneda común, los países miembros firmaron el Pacto de Estabilidad y Crecimiento en 1997, que tenía por objeto vincular las políticas a los objetivos presupuestarios y de deuda.

En resumen, la arquitectura del euro se basó en la premisa de que las fuerzas del mercado, junto con una coordinación mínima de las políticas económicas, permitirían alinear las economías, asegurarían la disciplina fiscal y ayudarían a los países a resistir shocks idiosincrásicos.

La crisis mundial se convierte en crisis de la deuda europea

La crisis financiera mundial ocurrida después del colapso de Lehman Brothers en septiembre de 2008 desencadenó la crisis de la deuda soberana en la zona del euro. La crisis puso de manifiesto graves desequilibrios en esta zona y deficiencias en la arquitectura europea.

Tras la introducción del euro en 1999, muchos países —entre ellos, España, Grecia, Irlanda, Italia y Portugal— experimentaron una fuerte caída de los costos de endeudamiento, tanto en el sector privado como en el público. En muchos casos, el crédito barato impulsó un auge del crédito que dio lugar a elevadas tasas de crecimiento, lo que a su vez atrajo más capital e inversión. Pero también aumentó el endeudamiento de los hogares y las empresas, y la inversión se concentró en el sector de bienes no transables (por ejemplo, el inmobiliario), y los elevados salarios erosionaron la competitividad externa. Los saldos en cuenta corriente se deterioraron drásticamente, y los países acumularon una gran deuda externa. Los gobiernos, que pensaron erróneamente que el aumento de los ingresos sería permanente, se fueron expandiendo.

La convergencia de las tasas de interés ocultó una falta de convergencia estructural. Los flujos financieros transfronterizos —estimulados por la ausencia de costos de transacción transfronterizos y de regulación financiera— facilitaron un aumento de las disparidades de competitividad. Pero cuando cambió el ciclo de crédito, la frenada brusca de la afluencia de

capitales privados arrastró a varios países de la zona del euro al borde del precipicio, y sus bancos se encontraron cargados de deudas incobrables debido a la sobreinversión y muy expuestos a una deuda soberana cada vez más debilitada. Los mercados no solo no reconocieron los riesgos emergentes, sino que el Pacto de Estabilidad y Crecimiento se debilitó: varios miembros, incluidos algunos centrales, superaron sus límites, socavando su credibilidad, y no se impuso suficiente disciplina fiscal.

Al estallar la crisis de la zona del euro, el sistema financiero europeo sumamente integrado carecía de “interruptores de circuito” y una supervisión común y, por lo tanto, era muy susceptible al contagio. Los shocks económicos y financieros específicos de un país se propagaron rápidamente por toda la región, poniendo en peligro la viabilidad de la unión monetaria.

Respuesta a la crisis

Los gobiernos nacionales pusieron en marcha duros programas de ajuste macroeconómico, con los objetivos generales de reducir los déficits fiscales y mejorar la competitividad de sus economías. Las autoridades económicas europeas reconocieron que la Unión Europea aún no había desarrollado la capacidad institucional y financiera para respaldar a las economías en crisis, lo que propició la cooperación con el FMI (véase el recuadro 2). La Unión Europea tuvo que reconsiderar su principio de “no corresponsabilidad financiera”, y brindó apoyo a las entidades soberanas que se quedaron fuera del mercado.

Hubiera sido preferible formular una respuesta más contundente en lugar de proponer numerosos arranques falsos y soluciones que a menudo parecían apenas suficientes para mantener intacta la zona del euro, aunque insuficientes para lograr avances decisivos. Sin embargo, se han alcanzado numerosos logros. Se ha establecido un servicio permanente para brindar apoyo financiero a los Estados miembros de la zona del euro: el Mecanismo de Estabilidad Financiera. En plena crisis, el Banco Central Europeo redobló sus esfuerzos para defender la integridad de la zona del euro mediante las operaciones de financiación a plazo más largo y el establecimiento del programa de Operaciones Monetarias de Compraventa.

Y lo que es más importante, la crisis puso de manifiesto la necesidad de abordar los problemas del sistema bancario europeo y poner en marcha la unión bancaria (véase “Cambios tectónicos” en este número de *F&D*). El objetivo final es reducir la fragmentación financiera y romper el círculo vicioso entre los bancos y las entidades soberanas. La Unión Europea también ha tomado importantes medidas para reforzar la gobernanza fiscal y económica, y detectar y prevenir la reaparición de desequilibrios fiscales y externos excesivos.

En momentos críticos, los europeos han respondido con mayor integración y mayor solidaridad.

La crisis financiera mundial y su impacto en la zona del euro también presentaron enormes desafíos para las economías emergentes de Europa. Los mercados financieros se paralizaron y fue prácticamente imposible emitir bonos soberanos internacionales. Los flujos de capitales retrocedieron, incluso los que se canalizaron a través de filiales de bancos occidentales. A medida que estos bancos tuvieron que hacer frente a la escasez de capital y de liquidez, salieron a la luz las deficiencias de un sistema



2004

Una gran cantidad de países se incorporan a la Unión Europea

El FMI y Europa

El FMI ha brindado su apoyo a lo largo de todo el proceso de integración europea.

Muchos de los primeros programas respaldados por el FMI se aplicaron en las actuales economías europeas “avanzadas”, entre ellas, Bélgica, España, Francia, Italia, los Países Bajos, Portugal y el Reino Unido. Italia y el Reino Unido fueron las últimas economías del G-7 que aplicaron estos programas apenas en 1977.

La participación del FMI en la región se intensificó al iniciarse la transformación histórica de Europa oriental tras la caída del muro de Berlín. Los programas del FMI aplicados por muchas economías en transición se centraron en abordar los desafíos de la estabilización económica y aplicar reformas estructurales cruciales para ayudar a estos países en la transición de un marco comunista a otro basado en el mercado.

La siguiente oleada de programas se produjo al estallar la crisis financiera mundial. La calma experimentada a finales de los años 2000 se vio interrumpida por los efectos devastadores que tuvieron las perturbaciones originadas en las economías avanzadas en las economías emergentes de Europa. Ucrania, Hungría e Islandia fueron las primeras economías que pusieron en marcha un programa respaldado por el FMI en noviembre de 2008. Otras siguieron el ejemplo, y al propagarse la crisis a los países de la zona del euro, Grecia, Irlanda y Portugal solicitaron programas en 2010 y principios de 2011.

La participación del FMI ha sido distinta en esta última ronda. Por ejemplo, Polonia, que tenía fundamentos económicos muy sólidos, se benefició de una nueva línea de crédito de carácter precautorio. Pero la mayoría de los otros países recibieron préstamos por montos mucho mayores en proporción a sus mayores necesidades, y la condicionalidad se centró en las prioridades macroeconómicas clave.

interconectado y las filiales en estos países comenzaron un período de despalancamiento que aún no ha terminado.

Al desplomarse las exportaciones y la demanda interna, se redujo drásticamente el producto en la mayoría de los países, generando una recesión aún más profunda en las economías emergentes de Europa que en otras regiones de mercados emergentes. Solo unos pocos países se libraron de esta fuerte recesión, bien porque el auge previo a la crisis fue más limitado, dejando margen para aplicar políticas anticíclicas, o porque mantenían interconexiones comerciales y financieras limitadas.

Los países adoptaron distintas políticas para responder a la crisis. El objetivo inicial era estabilizar el sector financiero: los países redujeron el encaje legal, aumentaron la cobertura de depósitos y, en ciertos casos, intervinieron directamente en las instituciones financieras en dificultades.

Dados los elevados niveles de deuda privada, en gran parte denominada en moneda extranjera, no había muchas opciones monetarias y cambiarias. Para la mayoría de los países de la región la expansión fiscal tampoco era una opción, porque la recesión hizo mella en las finanzas públicas. De modo que no resulta sorprendente que varios países solicitaran asistencia financiera al FMI. Los préstamos del FMI han proporcionado apoyo para suavizar el ajuste de política necesario en 13 países de la región desde el comienzo de la crisis financiera mundial.

La saga continúa

La incipiente recuperación económica en la zona del euro podría generar un exceso de confianza y hacernos creer que la crisis ha terminado y que podemos bajar la guardia.

Se han tomado decisiones trascendentales, pero la integración económica de la zona del euro sigue estando incompleta. Los mercados financieros están fragmentados, las divergencias de competitividad siguen siendo amplias, las rigideces estructurales frenan la integración de los mercados de productos y de trabajo, queda mucho por hacer en el ámbito de la coordinación fiscal y de otras políticas.

No se trata solamente de superar la crisis y reparar los daños, aunque esto parezca una tarea colosal dado que los niveles del producto y la inversión aún se sitúan por debajo de los niveles previos a la crisis y que el desempleo se mantiene inaceptablemente alto en la mayoría de los países de la zona del euro. El desafío aun mayor será construir una zona del euro más robusta que pueda enfrentarse a shocks futuros y donde los shocks específicos de un país no se conviertan fácilmente en shocks sistémicos.

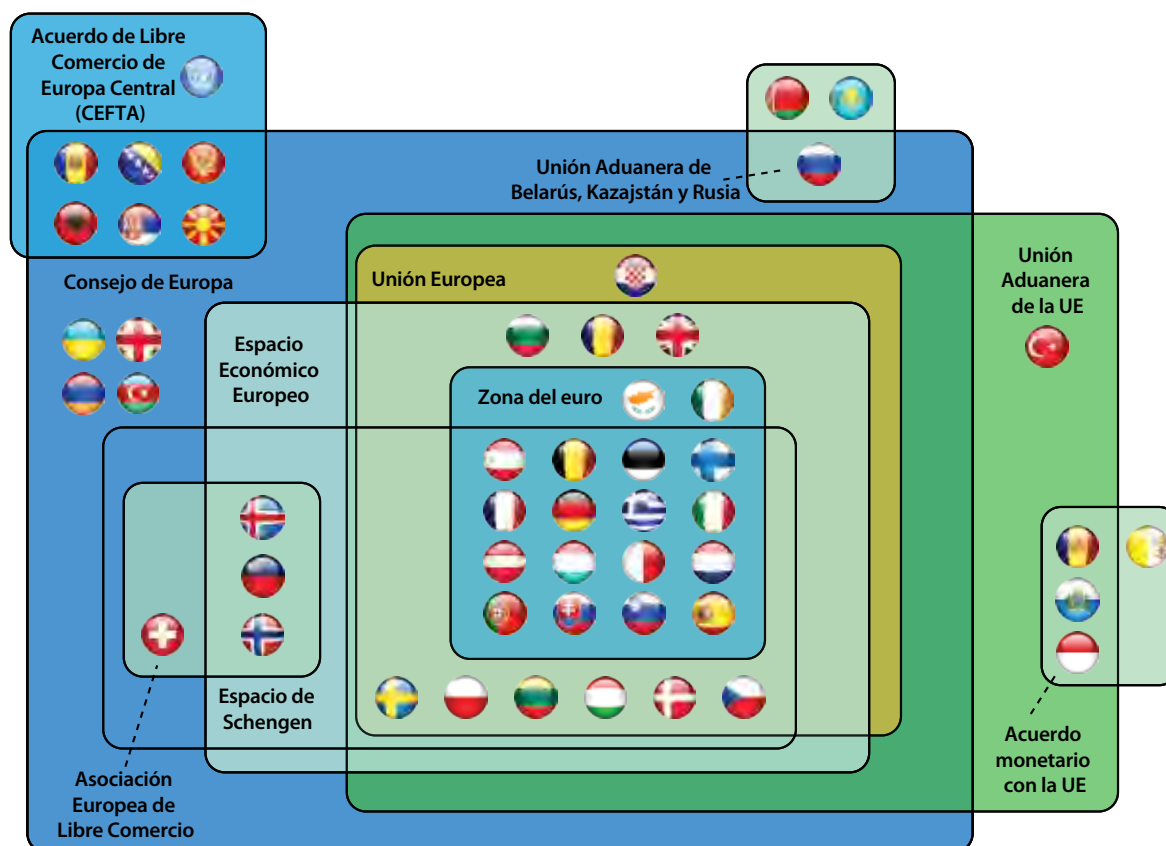
Para superar la crisis será necesario reevaluar la arquitectura económica y financiera en que se sustenta la zona del euro. El enfoque común adoptado por los bancos de esta zona —que se refleja en la visión de una unión bancaria sólida— sugiere correctamente la necesidad de reforzar la integración, fortalecer las instituciones centrales y prestar más atención a los efectos de contagio.

La crisis y la respuesta para superarla representan un cambio con respecto a algunos de los principios del Tratado de Maastricht, como la cláusula de “no corresponsabilidad financiera”, y han generado un nuevo planteamiento del concepto de soberanía nacional en el contexto de las políticas comunes. Será un desafío diseñar una unión que permita llegar a un consenso político que logre el equilibrio adecuado entre la soberanía nacional y la existencia de un marco reforzado y políticas que promuevan el bien común.

El fortalecimiento de la unión monetaria es esencial para revitalizar los flujos de capital transfronterizos y restablecer la eficacia de la política monetaria en toda la zona del euro. La unión bancaria es un factor clave de este proceso, y la creación del Mecanismo Único de Supervisión es un paso importante hacia un enfoque común a fin de establecer un sistema bancario sólido. La evaluación de los balances que ya está en marcha ayudará a reducir la incertidumbre con respecto a los riesgos de los bancos. El reciente acuerdo sobre el Mecanismo Único de Resolución y el Fondo Único de Resolución también ayudará a establecer una unión más completa y mejor equipada para abordar los problemas de los bancos en dificultades, aunque su estructura compleja y su engorroso proceso de toma de decisiones podrían entorpecer su eficacia. En el futuro, deberá establecerse un mecanismo de apoyo financiero común para evitar los círculos viciosos entre las entidades soberanas y los bancos, como hemos visto durante esta crisis.

Una mayor integración fiscal en la zona del euro puede corregir las deficiencias en la arquitectura del sistema, reforzar la resiliencia ante futuras crisis y aportar credibilidad a largo plazo a las medidas adoptadas para hacer frente a la crisis. Ya se han puesto en marcha mecanismos para mejorar la supervisión de las políticas nacionales y la aplicación de las reglas vigentes, lo que ayudará a restablecer la disciplina fiscal y de mercado. El fortalecimiento del marco de gobernanza también es una condición esencial para

La complejidad de la integración europea



Fuente: Wikipedia.

lograr una distribución más amplia de los riesgos fiscales ex ante; es importante realizar avances en este ámbito para reducir la necesidad de proporcionar posteriormente apoyo costoso cuando estalla una crisis. También es necesaria una distribución mínima del riesgo fiscal como condición previa para poder mantener la disciplina de mercado, porque le da más credibilidad a los mecanismos de no corresponsabilidad financiera.

Las persistentes rigideces en los mercados de productos y de mano de obra continúan dificultando el ajuste de los precios relativos y perjudicando la competitividad. Se han logrado algunos avances —especialmente en el ámbito de la reforma del mercado de trabajo en España y Portugal— pero es preciso redoblar los esfuerzos. La implementación de la directiva de servicios ayudaría a reforzar la productividad. Para estimular el crecimiento también convendría proporcionar apoyo a las empresas pequeñas y medianas y poner en marcha una nueva ronda de acuerdos de libre comercio. Estos esfuerzos contribuirían a un crecimiento más equilibrado y sostenible, ayudando así a reducir los desequilibrios en la zona del euro.

En las economías emergentes de Europa, gran parte del crecimiento previo a la crisis se derivó de la enorme afluencia de capitales que alimentó una expansión del crédito, que benefició en gran medida al sector de bienes no transables. La realidad actual es muy diferente porque los bancos occidentales matrices continúan reduciendo su exposición y las economías avanzadas han iniciado el repliegue de sus políticas monetarias ultralaxas, lo que amenaza las perspectivas con respecto a las entradas de

capital a la región. También se ha producido una reducción de la oferta de mano de obra y se prevé que la caída de la población en edad de trabajar se acelerará en los próximos años.

En este contexto, las oportunidades de crecimiento en la región dependen del aumento de la productividad a través de la aplicación de reformas estructurales. En algunas economías, estas reformas se centrarán en el mercado de trabajo: mayor flexibilidad en la determinación de salarios, reducción de las diferencias entre los contratos fijos y temporales, y reformas complementarias de las prestaciones sociales. En otras, es importante mejorar el clima empresarial y llevar a término el proceso de privatizaciones a fin de atraer inversión extranjera en el sector de bienes transables y mejorar las vinculaciones con las cadenas de suministro en Europa. Y en otras —que ya tienen un sector exportador competitivo y vínculos bien establecidos con las cadenas de suministro regionales— el desafío consistirá en avanzar en la cadena de valor mejorando las calificaciones de sus trabajadores.

Si la crisis reciente en Europa difiere en su naturaleza de las anteriores y requiere acciones de gran alcance, si miramos atrás, veremos los grandes obstáculos que Europa ha superado en el pasado, así como el enfoque que ha utilizado para encararlos: una mayor integración. Si se consigue una vez más reunir la voluntad política necesaria, la mayor integración, acompañada de medidas para estimular el crecimiento, puede sentar una base más duradera para la prosperidad en la región. ■

Reza Moghadam es Director del Departamento de Europa del FMI.